

PENÍNSULA ODISEAS

Cuadernos de Kabul

Ramón Lobo

Historias de mujeres, hombres
y niños atrapados en una guerra



Cuadernos de Kabul

Ramón Lobo

Historias de mujeres, hombres
y niños atrapados en una guerra

© Ramón Lobo Leyder, 2010, 2018
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2010
Primera edición en Península: enero de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 25.217 - 2017
ISBN: 978-84-9942-660-0

ÍNDICE

Nota del autor	9
Liturgias y miedos ante el viaje	13
1. El tráfico en una guerra es infernal	17
2. El negocio del inventor del miedo	22
3. Los empotrados tampoco están seguros	27
4. Hoteles, Kapuscinski y competencia	32
5. La televisión es una fábrica de médicos	37
6. El bar que odian los talibanes	41
7. Oficios de pobreza alrededor de un kebab	46
8. El niño del zoológico quiere volar	50
9. Furia religiosa contra el cine de Charikar	54
10. No fumar para morir mejor	58
11. Esclavos en la panadería de Kartace	62
12. Democracia es comer como nosotros	65
13. Cazadores de recompensas en Chicken Street	69
14. Tengo un problema: me quieren matar	73
15. Las barberías tienen la culpa del fracaso	77
16. Obama debería escuchar a este hombre	81
17. Las patatas de Bamiyán saben a guerra	85
18. El libro es un lujo que sólo se huele	89
19. El hombre que construye esperanzas	93
20. El aeropuerto del fin del mundo	97

21. El privilegio de morir de muerte natural	101
22. El niño que vende zumos de fruta	104
23. El banquero que trabaja en la calle	107
24. El hombre que abre zanjas y planta Internet	110
25. El fotógrafo de la Cruz Roja	113
26. La ilusión regresa al teatro	116
27. Cuando ser mujer libre es un grave problema	120
28. Un herrero en el mercado de los pájaros	123
29. El frente huele a cinco estrellas	127
30. El cuidador del cementerio de los ingleses	131
31. Zibur, el volador de cometas	135
32. A los talibán no les gusta la música	139
33. El oficio de no pensar	143
34. El futuro está en la frontera	146
35. Jugar al fútbol sin burka	151
Agradecimientos	155

I

EL TRÁFICO EN UNA GUERRA ES INFERNAL

La capital de un país acostumbrado a las guerras es una ciudad sucia y caótica tomada por el tráfico, el humo y los bocinazos. Se nota que no existe costumbre de seguir las normas porque nadie respeta las escasas señales que quedaron en pie ni las direcciones únicas. El deporte nacional en el centro de Kabul es torear a los unos a los otros a bordo de unos coches más o menos herrumbrosos y desvencijados, sin colisionar ni derribar a ciclistas y peatones que deambulan revueltos y sin rumbo fijo. Es agosto y hace un calor denso y seco, un calor que pesa. No hay industrias más allá de las de la muerte y unas pequeñas fábricas de ladrillos y bebidas gaseosas, pero en el aire flota una mezcla agria de arena, polvo y partículas que proceden de alguna contaminación mal digerida o de los tubos de escape de miles de automóviles que vomitan vejez y gasolina aguada. Algunos coches llevan el volante a la izquierda, como en España; otros, a la derecha, como en el Reino Unido. Es su sello de origen: Pakistán, donde el difunto Imperio británico dejó legados y hábitos tan rentables como los de un parque automovilístico cautivo para su industria nacional.

El aterrizaje en Kabul resulta espectacular, enmarcado por enormes montañas que parecen plegadas en una

maqueta de cartón piedra. El avión se mueve entre ellas, como si jugara, como si temiera. Al fondo y nevado, el imponente Indu Kush (significa Muerte de los indios), una cordillera que atraviesa el país con elevaciones por encima de los siete mil metros. Qué belleza generan los lugares silenciosos donde no llegan las balas, ni la ambición de los hombres. Cada una de esas montañas compone la geografía de lo imposible, de por qué esta guerra no se puede ganar, de por qué esta guerra no se ha ganado nunca, ni en el siglo XIX ni en el XX: quienes son capaces de sobrevivir en estas condiciones de altitud, frío y calor extremos y a una tierra fabricada de rocas, arena, polvo y hambre, carecen de miedo a la muerte porque la muerte no es un concepto o una amenaza, es su forma cotidiana de estar vivo. Y los que a nada temen no pueden ser derrotados por la amenaza de las armas.

El aeropuerto de Kabul, rehabilitado gracias a donaciones procedentes de Japón, es pequeño y limpio. Los escasos aviones de pasajeros que toman tierra y despegan lo hacen entre los movimientos de los helicópteros de combate, los C-130 Hércules y los gigantescos C-5 Galaxy, destinados al transporte de tropas y material de guerra. Por la terminal internacional deambulan policías en actitud ociosa, como si no fuera suficiente su suerte de no tener que jugarse la vida en las calles de la ciudad. Algún que otro agente calza chanclas. Varios abruman, entre risas de macho excitado, a tres azafatas de la línea aérea Safi bajo la excusa de unos formalismos no cumplimentados. En un mundo de burkas, las piernas de las mujeres extranjeras, encerradas en unas medias que parecen darles forma, son un manjar para los ojos. Los que miran, devoran; los que no disimulan, ba-

bean. Las tres azafatas de origen centroasiático, kazajas o kirguisas, se ruborizan. Si de la disposición hacia el deber de estos policías del aeropuerto dependiera el éxito de la guerra contra los talibán, la derrota del Gobierno de Hamid Karzai sería rápida e inapelable. Sin tropas extranjeras no hay supervivencia ni victoria posible; con ellas, tampoco. Es la tragedia de Afganistán, un callejón sin salida.

Tras pasar el control de pasaportes hay que inscribirse en un registro de extranjeros. Es para los periodistas que llegan en aluvión para cubrir la primera vuelta de unas elecciones presidenciales que las televisiones globales califican de históricas, un adjetivo históricamente gastado y que no dudamos en seguir gastando como si el periodismo tuviera, además de sus crisis varias, una lamentable escasez de adjetivos. Los funcionarios que realizan la inscripción son amables y eficaces, un buen cartel de bienvenida a un país financiado por la llamada comunidad internacional, un eufemismo para no decir «nosotros». Reclaman dos fotografías a cambio de un carné demasiado grande e incómodo. No cobran dinero ni exigen retribuciones extra. Aún no les ha salpicado la corrupción. Para viajar a Afganistán (cuanta más inseguridad, más papeles) es necesario llevar en la cartera decenas de fotos. Las exigen, incluso, al comprar una tarjeta para el móvil.

A los funcionarios afganos les entusiasman las formalidades, los tampones y las fotos carné. Es una herencia del comunismo y su obsesión por el control. Cada formulario, una barricada en potencia, una razón objetiva de un puesto de trabajo al que nadie está dispuesto a renunciar.

Mi hotel, el Cedar House, es pequeño, discreto y agradable, uno de los muchos hostales que han surgido en Kabul en los últimos años. El precio se ajusta a las exigencias de la caída de la publicidad en los medios de comunicación y no es uno de esos fortines de cinco estrellas tomados por los contratistas, diplomáticos y visitantes VIP, que son objetivos prioritarios de los talibán porque en ellos se multiplica el impacto mediático de cualquier atentado. Pasar más o menos desapercibido es la mejor manera de estar seguro.

El primer día en una zona en conflicto debe ser de observación. Es importante aplicar algo de sentido común y dedicar tiempo a informarse, a encontrar un buen guía-traductor, lo que los anglosajones llaman *fixer* (el arreglador, el que todo lo consigue y además traduce). Él es la mitad del éxito periodístico de un viaje y la mejor garantía de sobrevivir.

Kabul, pese a su fama de violenta y las marcas de las guerras presentes y pasadas, se muestra como una ciudad segura. Más allá de esta burbuja habitada por miles de militares de la OTAN, funcionarios de la ONU, embajadores, empresarios, espías, ejércitos privados y decenas, si no centenas, de ONG y agencias humanitarias, está la guerra, el enemigo real, constante e invisible, el peligro y la muerte. Las ciudades como Kabul y Mazar-i-Sharif son islas fortificadas que se mantienen cada vez más inestables en un mar de tiburones. Hay más de ciento cuarenta mil soldados extranjeros, tras los últimos refuerzos aprobados por Barack Obama y la OTAN, para un territorio que supera los seiscientos mil kilómetros cuadrados. Una empresa de vigilancia imposible.

Decía José Carlos Rodríguez Soto, un misionero com-

boniano que conocí en el norte de Uganda, que la paz más sólida, la que permanece en el tiempo, es la que se logra mediante la negociación y no a través de la fuerza. Una derrota es sólo un aplazamiento, el primer paso de una futura guerra en la que el derrotado tratará de salir victorioso.

Para entender las dificultades culturales en Afganistán hay que leer unos cuantos libros y ver al menos la película *El hombre que pudo reinar* (*The man who would be King*) de John Houston. Está basada en una novela de Rudyard Kipling y tiene dos grandes interpretaciones de Sean Connery y Michael Caine. El filme destila olor a Afganistán y a los límites intelectuales y físicos del colonialismo.

Olor, color y sabor son la esencia del buen reportaje y también deberían serlo de la buena política. Las guerras no se ganan desde los despachos enmoquetados del Estado Mayor ni de las presidencias de Gobierno o de la nación, se ganan con sangre y polvo en los zapatos. La realidad mancha; la ficción sorprende.

EL NEGOCIO DEL INVENTOR DEL MIEDO

Quien inventó el miedo inventó el gran negocio del miedo. La guerra, y más si ésta es lejana y costosa de cubrir para los medios de comunicación, es uno de los mejores negocios para los que no hacen cuentas con la conciencia ni con los muertos que causan sus mercancías de matar. Kabul, como sucedió en Bagdad, se ha poblado de guardas privados armados hasta los dientes y hasta los ojos, cubiertos por gafas de sol antibalas (eso dice el prospecto, quizá una exageración publicitaria que nadie desea comprobar); muros de hormigón cada vez más altos y gruesos, barreras móviles de seguridad, mojones rellenos de cemento y toda suerte de artilugios electrónicos, avanzados y de andar por casa, contra el coche bomba y el talibán suicida.

Esos ejércitos privados, fuera del alcance de las leyes y la ética que rigen en los países democráticos que los envían, como demostró Blackwater en Irak, son los encargados de proteger embajadas, centros de Naciones Unidas, ministerios afganos y cualquier vivienda, hostel y negocio público o privado que tenga pedigrí para ser atacado. Este ejército armado de fusiles de asalto de última generación, altanería y malas maneras ha dividido a los habitantes de la capital afgana en tres clases sociales: la

alta, la suya, que se concentra en una reedición de la Zona Verde bagdadí; la media, que debe ser protegida por guardas privados afganos, y la baja, el resto, los locales, a los que hemos ido a defender, que quedan fuera del perímetro del fuerte, a expensas de los ataques de los nuevos pieles rojas.

Kabul, que con tanto teflón y tanto bang bang de primera se sentía inexpugnable y seguro en medio de una guerra siempre demasiado lejana, perdió la calma y se topó con el miedo en enero de 2008, en un ataque suicida contra el lujoso hotel Serena, centro de operaciones de la diplomacia occidental, la oficial y la encubierta, y lo multiplicó en julio del mismo año en el atentado contra la legación de India, en el que murieron 40 personas. Esos golpes en el centro de Kabul quebraron la ficción de un mundo protegido. Incluso en las guerras que se pelean lejos, en la frontera de Pakistán o en las provincias sureñas de Helmand y Kandahar, a veces la onda expansiva llega disfrazada de bomba y muerte.

Al tráfico kabulí no le sientan bien las calles cortadas ni los cierres por sorpresa de la circulación, para garantizar el tránsito sin sobresaltos de alguna autoridad embutida en un convoy de exageraciones, aspavientos y sirenas. Los decibelios miden el prestigio del viajero empotrado, pero también son una señal inequívoca para los que trabajan en el negocio de atentar, siempre alerta, siempre invisibles y mezclados entre la población.

Tanto trasiego de vehículos más o menos blindados, que circulan a gran velocidad, exaspera a los civiles que deben apartarse y saltar a las zonas de la calle que realizan la función de las aceras. En su repudio a los ejércitos privados, los afganos meten a todos los extranjeros en

un único saco. Una de las primeras decisiones del jefe de la OTAN en Afganistán, tras asumir el mando en julio de 2009, fue ordenar a sus tropas moverse despacio por la ciudad y evitar el uso de las gafas de sol. Velocidad y cristales oscuros son para muchos signos externos de altanería y desconsideración cultural. El general Stanley McChrystal es un militar inteligente, veterano de Irak y experto en contrainsurgencia.

Los diplomáticos, funcionarios extranjeros y el numeroso y variado personal humanitario viven en una burbuja dentro de Kabul. Sus expertos de seguridad, siempre tan exagerados para justificar la trascendencia de su empleo, les imponen constantes toques de queda y limitan sus movimientos según las amenazas, las elecciones, el capricho o las bombas que explotan. Cuando se produce un toque de queda, los civiles extranjeros no pueden salir solos ni caminar por la calle. Cuando llegan los tiempos de calma Chicken Street se puebla de compradores, voces de regateos y dólares. Allí es donde se agolpan las mejores tiendas, las que en una situación de paz serían las típicas para turistas.

Escasos son los lugares absolutamente seguros en la capital de un país en guerra y demasiados los extranjeros aburridos deseosos de farra tras una tediosa jornada laboral, en la que deben lidiar con jefes muy lejanos que interpretan el latir y el sentir de un país y sus gentes desde una televisión satélite. La concentración del escaso ocio en pocos lugares representa otra invitación al enemigo, una especie de segundo ulular de las sirenas de las caravanas VIP. Los talibán ya han señalado al disco bar L'Atmosphère como enemigo prioritario, el Satán de los satanes, donde según la rumorología de los intransigen-

tes corre el alcohol y se disipan las buenas maneras. ¡Un centro de perdición! Habrá que ir.

Como la mayoría de periodistas occidentales carecen de asesores de seguridad, no tienen dificultad para moverse. Los reporteros hablan con gente, casi siempre muy amable, deseosa de compartir sus historias y dar su punto de vista político (si en España cada ciudadano es un seleccionador de fútbol, en Afganistán cada uno es un primer ministro en potencia). No hay sensación de riesgo, al menos a la luz del día. Cada uno, aconsejado por su intérprete-chófer-*fixer*, se limita a aplicar la prudencia y a confiar en la suerte, los dos pilares sobre los que se asienta el trabajo del corresponsal. Los guías de los informadores caídos del cielo como un maná se mueven junto a sus guiados con una perenne sonrisa de oreja a oreja. No se trata de un tic, son los dólares o euros que les ha traído la democracia (perdón, las elecciones del 20 de agosto) lo que les pone contentos. En un país pobre, los que están cerca de los extranjeros hacen cuentas de rico.

En los días sin bombas ni noticias, algunos reporteros extranjeros armados con libretas Moleskine (las cámaras de televisión y las máquinas de fotografía siempre son un problema para el disimulo) acuden a los restaurantes de comida popular. Allí les esperan los pinchos de cordero y el arroz con pasas. La gente es afable. Los de más edad resultan ceremoniosos y saludan al extranjero, y más si éste tiene canas, con una inclinación de cabeza y la mano derecha junto al corazón. Los jóvenes curiosean y sonríen. Nadie pregunta por el origen de la carne ni por las condiciones de salubridad en las que fue mantenida y cocinada. En Afganistán están acostumbrados a morir de guerra antes de que les llegue una enfermedad. Es la ven-

taja del Tercer Mundo, no hay que preocuparse por la salud, que ya viene dañada de origen.

Aunque el blanco es un extranjero, sin adjetivos ni nacionalidades, las conversaciones de los comensales más próximos conducen poco a poco a la confianza y al interés: «¿Australiano?», pregunta el dueño del restaurante. «No, de España.» El hombre pone los ojos en blanco, como si rebuscara en el disco duro de su memoria inundada de desdichas alguna imagen del país del interlocutor, se agarra las manos y exclama: «¡Barcelona! ¡Kaká!».

A finales de 2001, durante la guerra contra los talibán tras el 11-S, un niño preguntaba todos los días en un inglés inestable: «¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál es tu país?». El periodista se inventaba un nombre y un país cada vez, sólo por variar, información que el niño recibía feliz sin darse cuenta de los cambios. Es posible que aquel niño, a quien nunca pregunté por el suyo, sólo quisiera escuchar sonidos extranjeros y volar con ellos muy lejos de su realidad.